

tropa que custodiaban á los diputados. Aquel salon de la Convencion, más vasto y á propósito para las funciones de una asamblea soberana, habia sido decorado por el pintor republicano David. Allí renacian en las formas, en la tribuna, en las estatuas, los recuerdos del foro romano. Era su aspecto majestuoso y austero, pero inspiraba al pueblo ménos respeto que los salones improvisados de los Estados generales y de la Asamblea nacional. No era el salon del primer movimiento popular; no habia resonado en él, como en el Juego de Pelota de Versalles, el juramento de los tres órdenes; no habia oido, como el Picadero, la voz de Mirabeau.

VII

Entre tanto se iban sucesivamente agravando los peligros de la república. La Vendée habia levantado la bandera contrarrevolucionaria. Santerre se ponía al frente de los batallones parisienses que debían marchar allí para sofocar la guerra civil. Custine, replegado sobre Landau, apenas cubría la línea del Rhin. Wurmser y el príncipe de Condé asediaban á Maguncia. Marsella, Burdeos, Toulon y la Normandía estaban en fermentación.

La clase media, los banqueros, los comerciantes, los literatos, los artistas, los propietarios, pertenecientes casi todos al partido que quería moderar y contener la anarquía, ofrecían á los oradores de la Gironda un ejército contra los arrabales. Ambos partidos, casi igualmente confiados en el triunfo, deseaban una jornada decisiva que los libertase de sus enemigos. Burdeos, por medio de un manifiesto amenazador, dió á la Montaña y á la Gironda el medio de medir sus fuerzas en la sesión del 14 de Mayo. «Legisladores,—dijo el orador de Burdeos,—la Gironda tiene la vista fija en los peligros de sus diputados, sabe que están destinadas á la muerte veintidos cabezas de representantes. ¡Convencion nacional, y vosotros parisienses, salvad á los diputados del pueblo, ó vamos á precipitarnos sobre París! La revolucion no es para nosotros la anarquía, la desorganizacion, el crimen, el asesinato. ¡Todos pereceremos ántes que sufrir el reinado de los malvados y asesinos!»

La Asamblea escuchó con estremecimiento aquellas amenazas, en que la Montaña reconoció la inspiracion de Guadet y Vergniaud. El presidente osó responder á los peticionarios en un lenguaje que parecia invocar vengadores para los girondinos proscritos. «Id—les dijo—á tranquilizar á vuestros compatriotas; decidles que en París hay un gran número de ciudadanos que vigilan sobre los malvados pagados por Pitt para oprimir á la Asamblea nacional. Si hoy quisieran elevarse nuevos tiranos sobre los escombros de la república, tomaríais la iniciativa de la insurreccion, y Francia indignada se levantaria con vosotros.»

Legendre se irritó contra una peticion incitada y mendigada por diputados pèrfidos, que se quejaban de que se trataba de degollarlos, sin tener el más leve rasguño que enseñar. «Ciudadanos,—dijo Guadet,—no subo á la tribuna para defender á los habitantes de Burdeos, porque no han menester defensa. Si no enviáis al patíbulo ese puñado de asesinos que traman nuevos crímenes contra la Representacion nacional, los departamentos caerán sobre París.» «Mejor,—dicen algunas voces en la Montaña,—no deseamos otra cosa.» «Ayer—continuó Guadet—se ha hecho en los Jacobinos la mocion de exterminarnos á todos ántes de marchar

á la Vendée, y esa peticion de asesinos fué cubierta de aplausos. Se habla de un desquiciamiento de la república. ¡Ah! Ciertamente que París lo reconocerá bien pronto por sí mismo; es imposible que esto continúe así mucho tiempo. Los que quieren el desquiciamiento son los que tratan de disolver la Convencion entregando una parte de sus miembros al hierro homicida. ¿Creeis que los departamentos verán impunemente caer á sus diputados bajo el puñal? ¡Y aún se nos habla de enseñar de antemano nuestras heridas! Esto es precisamente lo que Catilina respondió á Ciceron. «Atentan contra vuestra vida,—decía á los senadores,—pero todos respirais.» Pues bien, Ciceron y los senadores debían caer bajo el hierro asesino la misma noche en que aquel traidor les hablaba así.»

La Convencion vacilaba á cada nuevo debate. Isnard fué nombrado presidente por una gran mayoría, y esta eleccion redobló la confianza de la Gironda en sus fuerzas, siendo considerada por la Montaña como una declaracion de guerra, y hasta por los moderados como un desafío.

Isnard, hombre excesivo en todo, tenía en el carácter la fogosidad de su declamacion. Era la exageracion de la Gironda; uno de esos hombres reconocidos como jefes por las opiniones, cuando éstas, arrastradas á la temeridad por la embriaguez del éxito ó del miedo, renuncian á la prudencia, esa salvacion de los partidos. Vergniaud, cuya moderacion igualaba á su fuerza, vió con sentimiento aquella eleccion, porque conoció que el nombre de Isnard enviaria á la Montaña muchos hombres indecisos todavía. La sangre fria de Vergniaud dominaba siempre en sus más elocuentes improvisaciones, y como conocia el poder de la razon en las masas, era siempre su entusiasmo hábil y meditado. Hubiera deseado formar entre los dos extremos de la Convencion una mayoría de sensatez y patriotismo que amortiguase los golpes que las dos grandes facciones iban á darse.

Cada uno de los días en que presidió Isnard se señaló con una borrasca y terminó en una catástrofe.

El primer día, en la sesión del 9 de Mayo, las secciones de París reclamaron que se pusiera en libertad á un tal Roux, preso arbitrariamente de orden del comité revolucionario de la seccion del Buen Consejo. «Es la faccion de los hombres de Estado,—exclamó Marat,—que quiere proteger en ese hombre á los contrarrevolucionarios.» «¿Somos una república libre, ó un despotismo popular?—le respondió Mazuyer.—¡Cómo! ¿Podrá arrancarse en medio de la noche, sin sentencia ni auto de prision, á un ciudadano de su hogar, y lo consentiremos?» Se accede á la peticion de las secciones. Legendre se levanta pidiendo que la votacion sea nominal para que el pueblo conozca los nombres de los que protegen á los conspiradores, y en esta pretension le secundan cincuenta miembros de la Montaña. El presidente se opone á ello, é interrumpe la sesión, cubriéndose. Se pasan dos horas en tumultuosa agitacion, sin poder acallar los gritos de la Montaña y de las tribunas. Vergniaud pide que se levante la sesión y se envíe acta de ella á los departamentos.

Couthon, segundo de Robespierre, quiere hablar desde su asiento, manifestando que la dolencia que paraliza sus piernas le impide subir á la tribuna; pero los girondinos no le hacen caso ni atienden á su dolencia. Entónces el diputado Maure, hombre de fuerzas atléticas, toma á Couthon en sus brazos y le lleva á la tribuna. Los espectadores aplauden. «Me dicen que soy un anarquista, y que he

puesto á mi departamento en conflagracion,—exclama Couthon.—¡Ah! Si los que aquí son los autores únicos de los disturbios que os agitan fuesen tan puros y sinceros como yo, vendrian ahora mismo á esta tribuna á provocar el juicio de su departamento, dando conmigo su dimision.» Couthon es llevado á su banco en medio de aplausos.

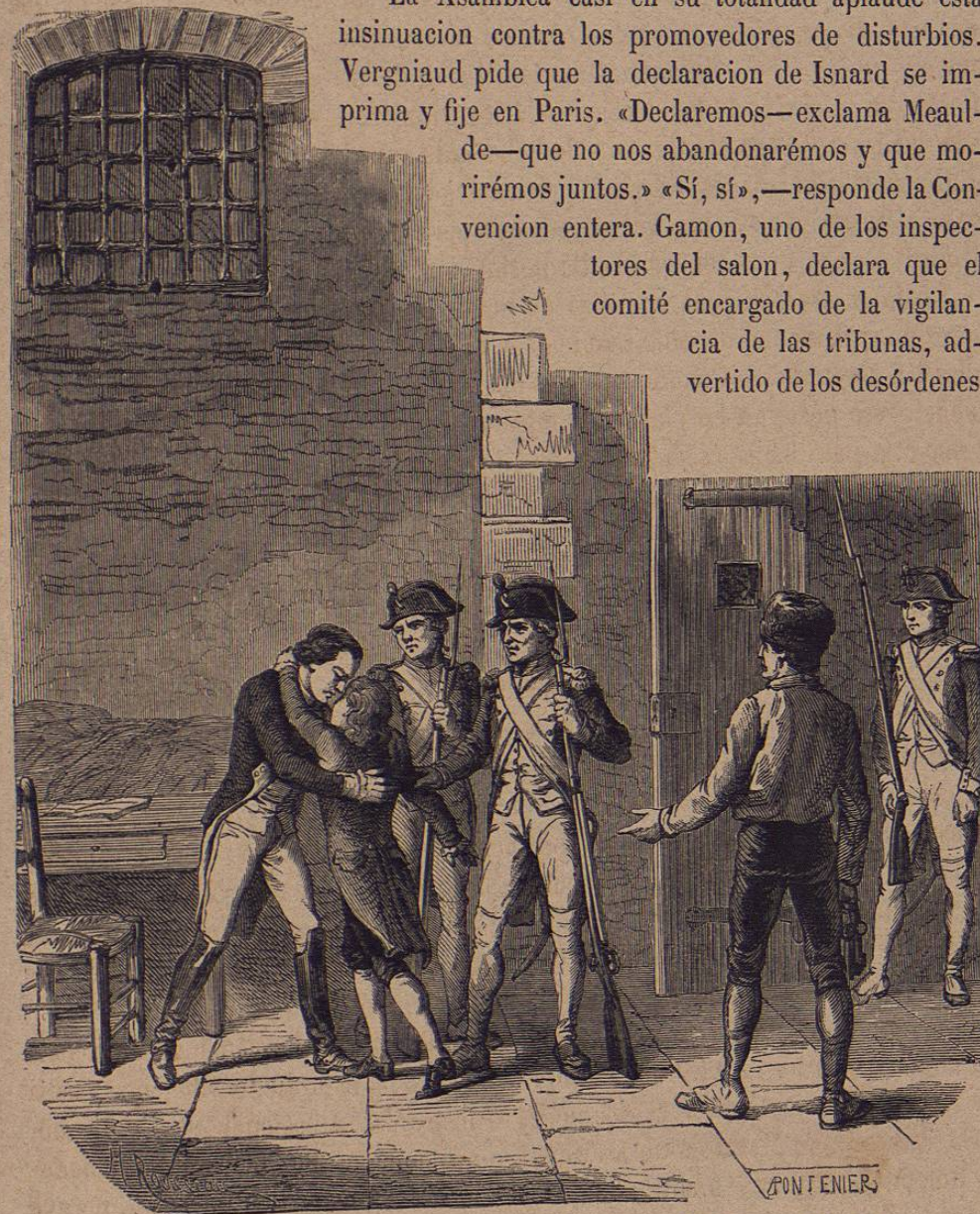
Mudo é inmóvil por largo tiempo Vergniaud; se levanta, restablece los hechos y demuestra que el individuo en cuestion ha sido preso contra todas las leyes. «En cuanto á la doctrina de Couthon sobre las mayorías y las minorías,—añade Vergniaud,—está equivocado. Por lo demas, yo no reconozco mayoría permanente; ésta se halla donde reina la razon y la verdad: no tiene asiento á la derecha ni á la izquierda, pero en cualquiera parte que exista, es un crimen rebelarse contra ella. Couthon dice: «Supongamos una mayoría perversa». Y yo digo: supongamos una minoría perversa, suposicion al ménos tan verosímil como la otra; supongamos una minoría ambiciosa de poder, de dominacion, de despojos; supongamos que quiera fundar su poder en el desórden de la anarquía. ¿No es evidente que si la mayoría no tiene un medio de salvar la libertad de la opresion, podrá llegarse, de minoría en minoría, de los decenviros á los triunviro, y quizá á un rey? Couthon pide que los que sean sospechosos de haber sido causa de nuestras disensiones den su dimision. Ciudadanos, nuestros juramentos y los peligros de la patria nos encadenan á nuestro puesto. Los que se retirasen para eludir las sospechas de los calumniadores, serian unos cobardes.» La noche viene á interrumpir la borrasca.

En la sesion siguiente comenzó de nuevo. La Montaña persistió con sus clamores en reclamar el derecho que tenia la minoría de pedir la votacion nominal de todas las cuestiones. «Cuando se quiso disolver en Inglaterra el Parlamento,—dice Guadet,—se pusieron en planta los mismos medios; se incitó á la minoría contra la mayoría para hacer reinar al menor número sobre el mayor. ¿Sabeis lo que sucedió? La minoría, en efecto, halló medio de oprimir á la mayoría. Llamó en auxilio suyo á los *patriotas por excelencia* (así se calificaban) y á una multitud extrañada á la cual se ofrecia la rapiña y reparticion de las tierras. El carnicero Pride (alusion á Legendre) ejecutó en su nombre aquella purificacion del Parlamento. Fueron expulsados ciento cincuenta miembros, y la minoría, compuesta de sesenta patriotas, quedó dueña del gobierno. Estos *patriotas por excelencia*, instrumentos de Cromwell, fueron expulsados á su vez por él, sirviendo sus propios crímenes de pretexto al usurpador. Entró éste un dia en el Parlamento, y dirigiéndose á los pretendidos salvadores de la patria, «Tú—dijo al uno—eres un ladrón. Tú—dijo á otro—eres un borracho. Tú has engordado con los caudales públicos. Tú no haces más que frecuentar lugares sospechosos. ¡Marchaos! Ceded los puestos á los hombres de bien». Se fueron, y Cromwell reinó. Ciudadanos, meditado: ¿no es el último acto de la historia de Inglaterra el que se nos quiere hacer representar en este momento?»

Un tumulto de mujeres interrumpió desde la tribuna á Guadet. Marat señaló con el ademan á un escritor del partido moderado llamado Bonneville, que asistia á la sesion. «Es un aristócrata infame, es el instrumento de Fauchet»,—exclamó. «Esta denuncia de Marat es un asesinato»,—responde Lanthenas, amigo de madama Roland.—Tú eres—añadió enseñando el puño á Marat—el aristócrata, porque no cesas de incitar á la contrarrevolucion, preconizando el asesinato y la rapiña.»

«Ciudadanos,—dijo con voz conmovida y solemne el presidente Isnard,—lo que está pasando aquí me abre los ojos. Pueblo, legisladores, escuchad: estos tumultos pagados son un plan de la aristocracia, de Inglaterra, de Austria, de Pitt. (*Murmulllos*). Sólo los enemigos de la patria pueden interrumpirme. ¡Ah! ¡Si pudiérais abrir mi corazon, veriais en él mi amor por la patria! Y aunque debiera ser sacrificado en este sillón, mi postrer suspiro sería para ella, y mis últimas palabras: ¡Dios mio, perdona á mis asesinos, pero salva la libertad de mi país! Nuestros enemigos, no pudiendo vencernos por sí mismos, proyectan la insurreccion del pueblo; el movimiento debe empezar por las mujeres. Se quiere disolver la Convencion. Los ingleses se aprovecharán para ello de las circunstancias, y la contrarrevolucion quedará hecha. Ese es el proyecto, segun me lo han revelado esta mañana, y lo veo confirmado por esas agitaciones; debia declararlo á mi país, y lo he hecho. Ahora que he tranquilizado mi conciencia, espero los sucesos.»

La Asamblea casi en su totalidad aplaude esta insinuacion contra los promovedores de disturbios. Vergniaud pide que la declaracion de Isnard se imprima y fije en Paris. «Declaremos—exclama Meaulde—que no nos abandonaremos y que moriremos juntos.» «Sí, sí»,—responde la Convencion entera. Gamon, uno de los inspectores del salon, declara que el comité encargado de la vigilancia de las tribunas, advertido de los desórdenes



El duque de Montpensier y el conde de Beaujolais en el fuerte de San Juan.—Pág. 458.

que en ellas excitaban las mujeres, ha hecho prender á algunas y las ha interrogado. Guadet se aprovecha del movimiento y de la indignacion. «Mientras que los virtuosos se lamentan de los peligros de la patria, los malvados se agitan para perderla. Dejad hablar, decia César, y yo obraré.» Guadet refiere á la Asamblea los planes para disolver la Convencion, las reuniones de los conspiradores en la municipalidad, en el Arzobispado y en los Jacobinos; las amenazas de asesinato proferidas contra los brissotinos, rolandistas y moderados; en fin, el tumulto excitado por las mujeres en las tribunas para dar el pretexto y la señal del degüello. «¿Hasta cuándo dormireis, ciudadanos, en el borde del abismo? Apresuraos á burlar las tramas que por todos lados os cercan. Hasta ahora han quedado impunes los conjurados del 10 de Marzo. El mal está en la anarquía, en esta especie de insurreccion de las autoridades de Paris contra la Convencion, autoridades anárquicas que es preciso...» El furor de las tribunas, llenas de agentes municipales, no deja oír las últimas palabras de Guadet. La Montaña prorrumpe en invectivas y se agita en ademanes de rabia. El impasible Guadet lee en medio de un profundo silencio los tres proyectos de decreto premeditados por los girondinos para atacar de frente á la municipalidad y reconquistar el imperio de la ley. «Las autoridades de Paris quedan destituidas.—La municipalidad será reemplazada en veinticuatro horas por los presidentes de las secciones.—Por último, los suplentes de la Asamblea se reunirán en Bourges para formar una Asamblea nacional libre de las violencias de Paris, y para concentrar el poder de la república así que llegue á su noticia un atentado contra la libertad de la Convencion.»

VIII

Apénas se hubieron leído estos decretos, exclama Collot-d'Herbois: «Esa es la conspiracion descubierta por sus mismos autores». Barere, el hombre de los papeles dobles, toma la palabra como relator del comité de salud pública. «Es cierto—dice—que existe un plan de movimiento en los departamentos para perder la república; pero es la obra de la aristocracia. Es cierto que Chaumette y Hebert han acogido en la municipalidad proyectos de disolver la Convencion. Es cierto que unos ochenta electores reunidos en el Arzobispado han ventilado medios de purificar la Asamblea nacional, y de ello hemos dado parte al alcalde de Paris, Pache. Es cierto tambien que algunos hombres reunidos en cierto lugar deliberan sobre los medios de cercenar veintidos cabezas de la Convencion, valiéndose para ello de mujeres. No hay duda que esto merece llamar vuestra atencion, y exige vuestra vigilancia.» La derecha aplaude; pero Barere, volviéndose al pueblo, hácia la Montaña, remedia con una mano los golpes que acababa de darle con la otra. «Pero ¿qué os propone Guadet?—añade—;Destituir las autoridades de Paris! Si yo quisiera la anarquía, apoyaría esta proposicion. (*La Montaña aplaude*). Me habeis puesto en el caso de ver de cerca á esas autoridades; ¿y qué es lo que he hallado? Un departamento débil y pusilánime, secciones independientes rigiéndose por sí mismas como otras tantas municipalidades, un Consejo general de la municipalidad en el cual se encuentra un hombre llamado Chaumette, cuyo civismo no conozco, pero que ha sido fraile; he visto á una municipalidad interpretando y ejecutando las leyes segun sus caprichos, y organizando un ejército revolucionario.

¿Qué remedio reclama este estado de cosas? El comité no ve otro que el de la creacion de una comision de doce miembros escogidos entre vosotros, y encargados de tomar las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad pública y examinar los actos de la municipalidad.»

Estas ambiguas palabras calmaron la tempestad, aplazando en apariencia las proposiciones de Guadet, pero dejando á los girondinos la certidumbre de triunfar eligiendo á los doce comisionados entre los miembros de su partido. Como por lo regular sucede en circunstancias apuradas, la eleccion de los girondinos no recayó en los hombres moderados, como Vergniaud, Ducos, Condorcet. Los miembros de la comision de los Doce fueron Boileau, Lahosdinere, Vigée, Boyer-Fonfrede, Rabaut Saint-Etienne, Kervelegan, Saint-Martin-Valogne, Gomaire, Henri Lariviere, Bergoing, Gardien y Mollevault. La sospecha de realismo recaía sobre la mayor parte de estos nombres, en sentir de la Montaña y del pueblo. Era el personal de un golpe de Estado. La comision de los Doce lo intentaba en efecto, pero carecia de fuerza.

No bien se supo en Paris esta victoria de los girondinos en la Convencion, cuando de todas las secciones y de todos los clubs se levantó un grito de alarma. La municipalidad se reunió el 19, deliberándose en ella las medidas más extremadas. Se declaró á la Convencion avasallada é incapaz de salvar la patria; se propuso la prision de los sospechosos; se pidieron las veintidos cabezas de los girondinos dominadores de la Convencion; hubo osadía para presentar el asesinato nocturno y el homicidio individual de los veintidos tiranos como un acto legal, de urgencia y de salvacion pública. Un orador citó como ejemplo la jornada de San Bartolomé. «A medianoche,—dijo,—Coligny estaba en la corte; á la una ya no existia.» Se separaron sin haber decidido otra cosa que la resolucion de la venganza.

El corregidor Pache, interpuesto entre la ley y el pueblo para engañar á la una y adular al otro, cumplia con doblez este papel de magistrado y de faccioso. Combatía en alta voz las medidas excesivas que protegía bajo cuerda. Colocado por su temible cargo entre la Convencion y Paris, era á la vez agente de la una é instigador del otro. Guadet, pidiendo la destitucion de Pache, habia herido el corazon de la anarquía; pero la comision de los Doce no podia hacer otra cosa que burlar sus tramas sin descubrirlas.

Pache vituperó en alta voz é instigó por lo bajo. Robespierre se contentó con lastimarse en los Jacobinos. En los Franciscanos, Marat, Varlet, y hastas las mujeres, pidieron la muerte de los veintidos tiranos. La multitud, acumulada todas las noches en el recinto é inmediateciones del club, parecia dispuesta á moverse.

Instruida la comision de los Doce hora por hora de lo que ocurría en los clubs y del estado de los ánimos, buscaba para destruir con un solo golpe el espíritu de insurreccion medios de fuerza que se desvanecian en su mano. Pedia al corregidor Pache informe sobre informe, y preparaba por sí misma el que habia de dar á la Convencion para obligarla al valor por medio del terror. Pero en circunstancias semejantes, los cuerpos deliberantes, tímidos é indecisos por su naturaleza, quieren que se les preste fuerza y no se les pida. Es necesario presentarse á ellos despues del triunfo, y lo sancionan siempre. Antes ó durante el combate, no sirven más que para desconcertar la victoria.